

IN MEMORIAM - ESPOSA DE JUAN GALERA Y GRAN TENISTA

María Teresa Valera González

Por Ginés Valera

Fue mi tía Teresa una mujer adelantada a su tiempo, de las que han conseguido que hoy día percibamos como normal lo que no siempre lo era. Siendo la tercera hija del matrimonio de Horacio Valera y Teresa González, pasó una niñez feliz en Sorbas al ser allí destinado mi abuelo, Funcionario de Correos. Pero la cruel Guerra Civil le arrebató a su hermano Tomás, martirizado en Turón y la postguerra se llevó al menor, Ramiro.

Vivía la familia en la Calle Gerona y finalizó el bachillerato en el Instituto (en lo que hoy es la Escuela de Artes). Al fallecer su padre no tuvo más remedio que echar una mano en casa y al ser muy inteligente sacó sin dificultad las oposiciones a Oficial de Telégrafos, siendo de las primeras chicas conocidas de Almería que trabajara en algo más que en el hogar. Si no creció más profesionalmente en su época fue debido a que la mujer no podía opositar a los cuerpos técnicos de los Organismos, y mucho menos aspirar a Jefaturas, reservadas a los hombres.

Destacó en los deportes. El Baloncesto se le dio muy bien y formó parte de la selección femenina de Almería, con el equipo del SEU que Jesús Naveros reunió para competir en los Juegos de Educación y Descanso. Dotada de gran rapidez, cuenta Emilio Campra que entrenaban en las Almadrabillas con los velocistas, entre los que se encontraba su hermano Ginés Valera (mi padre), y que aunque les per-



mitían ventaja a ella y a su hermana Luz, no siempre las alcanzaban.

Casada con Juan Galera, Maestro que se jubiló en el Azcona, tuvo 2 hijos estupendos, José María y María Teresa, y 2 nietos a los que adoraba, Juan Carlillos y Mariate. Tardíamente se aficionó al Tenis, su gran pasión que la relajaba. Todavía me parece verla en la pista de tierra batida nº 2 del Club de Tenis Almería (Huércal) con su larga falda blanca que entonaba con su cabello y raqueta de madera, de las de antes. Mujer de gran corazón siempre fue muy enérgica en su carácter y jamás daba una bola por perdida. Y si no, que se lo pregunten a mi madre, Rosario Escobar, y a

María José Romacho y Paquita, Wences, Victoria, Covadonga...sus compañeras de Tenis con las que jugaba por las tardes. Ganó ya veterana varios trofeos en dobles y hasta que aguantó con 80 años, sus partiditos eran sagrados: subía al Club en su Ford Fiesta que ella misma conducía y después se tomaba una cervecita y un cigarrillo, si se terciaba.

Sus últimos años los vivió en la Residencia Portocarrero, donde estuvo cariñosamente atendida, aquejada de esa terrible enfermedad que te deja sin recuerdos. Sólo le ha faltado estar viva el día que sea canonizado su hermano Tomás, para dedicárselo a su madre.

Con 89 años jugó el último set el pasado jueves. Y lo ganó. Descansa en paz.